

Las últimas estocadas de Rendón

Los signos del tiempo. Ricardo Rendón. Una mirada crítica de la política de 1930

JUAN PABLO REMOLINA

SCHNEIDER

Editorial Universidad del Rosario,
Bogotá, 2020, 186 pp.

“Una carcajada en un velorio”. Los inicios de la República Liberal en la caricatura de Ricardo Rendón, 1930-1931

JUAN CARLOS HERRERA CORREA

Editorial Universidad del Rosario, 2020,
Bogotá, 289 pp.

ESTOS DOS libros, hermanados por la pluma del más incisivo caricaturista que ha dado Colombia y por el periodo histórico que abordan —desde la campaña presidencial en la que salió derrotada la Hegemonía Conservadora y el subsiguiente ascenso de la República Liberal (1930-1931)—, justifican una mirada comparativa para ver cómo se complementan los hallazgos y las interpretaciones de sendos historiadores de la Universidad Nacional, a quienes prologa el profesor César Augusto Ayala, experto en las cargas ideológicas del género de la opinión gráfica y profesor del curso de Métodos Históricos en el que se apuntalaron estos trabajos.

Después de un estudio tan robusto sobre la obra de Rendón como el pionero de Germán Colmenares (*Ricardo Rendón: Una fuente para la historia de la opinión pública*, 1998) y el capítulo que le dedica Beatriz González en su monumental investigación sobre *La caricatura en Colombia a partir de la Independencia*, publicada por el Banco de la República en 2009, parecería que lo esencial quedó dicho. Pero la riqueza y volumen de este legado permite nuevas preguntas y enfoques con periodos históricos más acotados, como el que eligieron los autores que nos ocupan.

¿Qué circunstancias llevaron a Rendón a dispararse ese 28 de octubre de 1931 en el café La Gran Vía? Es la pregunta que se hacen insistentemente los investigadores y que, como era de presumir, se queda en una respuesta

especulativa porque el suicida no dejó pruebas de nada, salvo una nota para que no fueran a llevar el cuerpo a la casa de su madre. Remolina Schneider dedica un capítulo final al suicidio, soportado en la teoría de Durkheim (*El suicidio*, 1897), pero no en evidencias, salvo el pacto de suicidio colectivo que hicieron los 14 miembros del grupo Panida, bajo la influencia nietzscheana y la trágica melancolía de José Asunción Silva. Del grupo de poetas y artistas que desde 1914 alborotó la parroquia medellinense, entre los que se contaban los poetas León de Greiff, Libardo Parra y los caricaturistas Pepe Mexía y Ricardo Rendón, dos miembros cumplieron lo prometido, pero para cuando Rendón tomó su decisión había corrido mucha tinta y habían pasado los ímpetus de la juventud; a los 37 años más bien quedaban el estrago y la decepción de este crítico implacable de la clase política colombiana, sin distinciones de partido. Cae pues Remolina en un círculo gaseoso sobre el suicidio, que no añade nada a lo poco que se sabe.

Igualmente, son desafortunados los comentarios de Herrera Correa en las conclusiones, de este tenor:

Su tarea fue de tal magnitud que era justo que descansara. La duración de su vida es adecuada. Dejó las cosas bien claras antes de partir, con una historia contada, por lo menos, para el gobierno liberal. Lo que pudiera venir de ahí en adelante era decoración. Un orden ya nos había dejado. (*Una carcajada en un velorio*, p. 144)

Y con respecto a los ciclos emocionales que marcaron la vida y muerte del dibujante, apunta que

[:] los sucesos de los días anteriores a su muerte fueron más bien calmados y tranquilos. Aun cuando melancólicos y depresivos, supuso el tiempo de hacerse un camino y esperar a que un nuevo eclipse en sus emociones le diera el impulso para por fin liberar su alma y su trabajo, que lo dejaba a la posteridad de su existencia física. (p. 145)

Nada más errático que tratar de explicar las circunstancias de un suicida, y si se suman carencias estilísticas flaco favor se le hace al homenajeado.

Al concentrarse en la campaña presidencial de 1930, que se disputaron los conservadores Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo con el liberal Enrique Olaya Herrera (el candidato socialista quedó borrado de entrada), Juan Pablo Remolina abre su muestra con una caricatura que da título al libro, *Los signos del tiempo*, que ocupó la primera plana de *El Tiempo* el 1.º de enero de 1930, para expresar el deseo de triunfo y de cambio del liberalismo. Esta parodia se publicó con una reseña explicativa de la “alegoría” de Rendón, que sin duda ayudó a descifrar el complejo simbolismo utilizado por el artista. Con esas pistas, Remolina recrea el momento histórico y el papel que jugaban todos los personajes en escena, otra de las habilidades de Rendón como demiurgo burlón.

Acierta Remolina con sus claves de interpretación, que amplían la comprensión de ese momento histórico representado por Rendón. Pero en otros casos se le escapan los guiños del caricaturista, los referentes a que aluden las escenas dibujadas. Por ejemplo, el presidente Abadía Méndez aparece en la mesa de un restaurante con dos copas y una factura en la que se lee la palabra “Crisis”, mientras la jovencita que lo acompaña deshoja una margarita. El autor deduce la dilación del jefe de Estado en convocar un congreso extraordinario para afrontar esa crisis, pero la intención de Rendón también era burlarse del viudo, que recién electo presidente contrajo nupcias con una joven de 19 años. Asimismo, deja pasar las alusiones de versos satíricos con los que Rendón solía acompañar sus caricaturas. La pieza titulada “La derrota del Partido Conservador” (12 de junio de 1930) se acompaña del diálogo: “—¿Quién mató al conservador? —¡Todos a una, señor!”. Remolina interpreta que no hubo un único culpable sino todos los miembros de la colectividad, pero habría que acotar que es una paráfrasis del drama *Fuenteovejuna* de Lope de Vega: “—¿Quién mató al Comendador? —Fuenteovejuna, señor. —¿Quién es Fuenteovejuna? —Todo el pueblo, a una”. Esa habilidad para sorber de los clásicos del Siglo de Oro es notoria en la crítica de Rendón, que salta del trazo al verbo.

RESEÑAS		HISTORIA
<p>En un artículo esencial para entender la parábola vital y estética de Ricardo Rendón, “Cómo se hace una caricatura” de Nicolás Bayona Posada (<i>Cromos</i>, 30 de junio de 1930), que no fue consultado por los investigadores, se destaca la inmensa cultura del caricaturista, profundo conocedor de la tradición de la caricatura europea, pero sobre todo de la española, con la riqueza de sus juegos de palabras y sus versificaciones satíricas. Por ello se mostraba crítico de los recursos fáciles que conducían a lo grotesco, además de asumir la caricatura como la traducción de un epigrama brillante y eficaz.</p> <p>Por su parte, Herrera Correa no rastrea el origen de la metáfora “la Estrella Polar”, en relación con el viaje que hizo el mandatario Olaya Herrera a Estados Unidos, coincidente con la firma del contrato del Catatumbo para la explotación de petróleo por una compañía estadounidense. El presidente Marco Fidel Suárez (1914-1918) fue quien primero habló de la necesidad de acercarse a la “Estrella Polar” (<i>res pice polum</i>, o sea, mirar con piedad hacia Estados Unidos), prueba de que la política es dinámica y acomodaticia. Y en el diálogo de la caricatura titulada “Cómo pasaron las cosas”, del repertorio seleccionado en <i>Una carcajada en un velorio</i>, el ministro de Instrucción, fumando y con los pies sobre el escritorio, le dice al secretario que ponga a trabajar a la señorita Torres, ella que sabe del tema. Juan Carlos Herrera interpreta que la mujer que se ve al fondo frente a la máquina de escribir es una secretaria, pero en realidad es la pedagoga antioqueña Rosenda Torres, la primera mujer en ocupar un cargo de importancia en el Ministerio de Instrucción Nacional para impulsar la educación entre las mujeres. El diálogo de Rendón sugiere que el ministro quería que ella trabajara para apropiarse luego de sus ideas.</p> <p>Herrera Correa supo aprovechar al máximo su selección de caricaturas para demostrar cómo Rendón atacó a la yugular del gobierno de la Concentración Nacional burlándose de sus ministros, tal como los Leopardos lanzaban dentelladas a sus presas del liberalismo, en la genial representación del caricaturista. El autor analiza la política menuda y los juegos de</p>	<p>poder del gobierno de Olaya Herrera, que terminó empoderando más de la cuenta a los derrotados. Igualmente, confronta las caricaturas con las posturas editoriales de <i>El Tiempo</i>, diario inobjetablemente oficialista, con lo que deja ver disparidades que seguro molestaron a sus jefes. En definitiva, hay más revelaciones en este título que en el de Remolina Schneider, que llueve sobre mojado. Pero en ambos libros se repite lo inevitable: la biografía de Rendón. Queda sobrevolando la pregunta de si no habría sido más conveniente editar un solo libro para llegar así, quizás, a más lectores, y no duplicar información básica; pero esta reseña no pretende cuestionar una decisión editorial que habrá tenido amplia deliberación.</p> <p>Si bien ninguno de los dos autores se atreve a insinuar siquiera que Rendón fue censurado, como sí lo hicieron contemporáneos suyos, no deja de resultar extraño que sus caricaturas hayan dejado de aparecer en el mes previo a su muerte, cuando lo usual era que abriera primera plana todos los días. Remolina Schneider concluye su libro con la afirmación de que Rendón tenía diferencias de fondo con el político boyacense, ensalzado por las élites defensoras del ideario republicano, una verdad de a puño que podría explicar la censura de <i>El Tiempo</i>. Pero no hay más pruebas para sustentarlo.</p> <p>Aunque la escritura de ambos libros riñe por momentos con la fluidez narrativa, quizá por el discurso académico que la somete, y no acierta cuando se aventura con el tono desenfadado, la lectura de estos textos, acompañada de las correspondientes ilustraciones, ayuda a entender la política menuda del país en ese año esperanzador para el liberalismo, pese a la violencia que el partido perdedor, coadyuvado por la Iglesia católica, desató principalmente en el campo colombiano.</p> <p>Destacable es el exquisito diseño que emparenta estos libros, por la calidad del papel para realzar las caricaturas objeto de estudio, las fuentes tipográficas, los cambios de color en las páginas y los aires generosos para realzar las piezas artísticas, en las que sobresale la destreza de Rendón como fisonomista, cuánto más punzante en la conversión zoomórfica de sus personajes porque para Rendón “en</p>	<p>todo político hay algo de animal”. El título de <i>La carcajada en un velorio</i> recoge 42 caricaturas y <i>Los signos del tiempo</i>, 31, con unas pocas coincidencias. Las cronologías que ofrecen al final los dos libros permiten hacer un barrido de los acontecimientos en ese primer año de la República Liberal, al que Rendón no se privó de darle sus estocadas como lo hizo con los gobiernos conservadores que fiscalizó, y el último del enigmático e irremplazable caricaturista, cuyo oficio nunca fue “el de menear el incensario”, como dijera Alfredo Iriarte, citado por Herrera.</p> <p style="text-align: right;">Maryluz Vallejo</p>